

PUBLICACIONES Cinema

SACHA GUITRY
JAQUELINE DELUBAC
RAIMU - E. ZACCONI
EN

075
PTAS.



LAS PERLAS DE LA CORONA

Las perlas de la Corona

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

SACHA GUITRY y CRISTIAN JAQUE

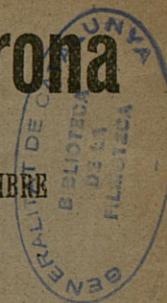


UNA PRODUCCIÓN
ORO FILMS



ORGANIZACIÓN FILMOFONO

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA



PRINCIPALES INTÉPRETES:

Sacha Guitry

Raimú

Ermette Zaconni

Lyn Harding

Cecile Sorel

Jacqueline Delubac

Enrico Glori

Renée Saint-Cyr

Arletty

Lisette Lanvin

Margueritte Moreno

Ivette Pienn

Aimé Simon-Girard

Germaine Aussey

Huguette Duflos

Con la colaboración de cincuenta primeras figuras del cinema
y teatro y mil quinientos comparsas de ambos sexos.

EN PREPARACIÓN:

TITANES DE LA VELOCIDAD, interpretada por

JOHN WAYNE

TALLERES GRAFICOS
VDA M. BLASI. - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

LAS PERLAS DE LA CORONA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

París, 1937.

Juan Marín, escritor, poeta, dramaturgo, espíritu selecto, alma de artista, fino, sentimental, sutil, irónico, como buen parisense, se halla ante su mesa de trabajo, leyendo atentamente un pasaje de la Historia. Levanta por fin los ojos, aquellos ojos expresivos en cuyo fondo está acostumbrada a leer la bellísima mujercita que, sentada frente a él, le contempla en silencio admirativo, y le dice:

—¡Increíble! ¡Absurdo! ¡Inverosímil! ¡Ilógico! Como todas las cosas verdaderas.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Has encontrado ya el tema que buscabas? —interroga ella.

—Sí, acabo de hallarlo en la Historia. Se trata de siete perlas, cuatro de las cuales ornán actualmente la Corona Real, de Inglaterra. Verás, verás, deja que te cuente...

Precisamente en aquel mismo momento, al otro lado del Canal, en el Palacio de los Reyes de Inglaterra, el Lord Chambelan, de pie ante su Rey, contempla aquellas cuatro enormes perlas engarzadas en la Corona que ciñeron tantos reyes, y se dispone a evocar su historia...

Roma, Palacio del Vaticano. El Camarero Mayor del Papa, sonrisa suave, modales exquisitos, como buen italiano, se inclina ante Su Santidad al mismo tiempo que le muestra una fotografía de la Corona inglesa, publicada en una revista, en la que se destacan enormes y deslumbradoras, aquellas cuatro perlas famosas, incomparablemente bellas.

—Su Santidad sentirá interés por conocer el origen de estas perlas... —insinúa al Sumo Pontífice.

—Año 1518, en Francia, durante el reinado de Francisco I... — dice la voz de Juan Martín, dando comienzo a su relato.

PARTE PRIMERA

HISTORIA DE CUATRO PERLAS

Francisco I, había ido a visitar a su ilustre pariente Lorenzo de Médicis. Frente a frente los dos personajes, podía verse el gran contraste que formaban. Francisco I, dinámico, expresivo, frívolo, sonriente; Lorenzo de Médicis, pálido, enjuto, triste, macilento... Francisco hablaba a Lorenzo, y su voz adquiría un tono casi paternal al aconsejarle que dejara los libros, las obras de arte, el constante cavilar, las meditaciones profundas, la tristeza y la melancolía, para unir su vida a una criatura de veinte años, bella, sonriente, encantadora, Magdalena d'Auvergne por ejemplo, su bella prima que él había traído consigo.

Y como obedeciendo a un mágico conjuro, aquella criatura encantadora, prima, en efecto, de Francisco I, que esperaba en la habitación vecina el momento de presentarse a Lorenzo de Médicis, apareció en el umbral de la estancia, y avanzó lentamente hacia el hombre que la razón de Estado le había señalado como futuro marido. Lorenzo no se movió del sillón en donde había hundido su cuerpo cansado. Se limitó a coger el espejo que Francisco I le tenía y contemplar en él la imagen de aquella bellísima Magdalena, que acababa de colocarse a su espalda, y de pie, rígida e inmóvil, esperaba una palabra de aprobación o de censura.

Un año más tarde, de la unión de Lorenzo de Médicis y de Magdalena nacía la que más adelante habría de inmortalizar en la Historia el nombre de Catalina de Médicis.

También aquel mismo día y a la misma hora nacía en Francia el Delfín, hijo de Francisco I. Pero mientras las sombras de la Muette cercaban el Palacio de los Médicis en Italia, en Francia se celebraba el feliz acontecimiento con grandes festejos. Había nacido un heredero de la Corona, y el país entero se regocijaba.

El nacimiento de Catalina costó la vida a su madre, la bella Magdalena. Y cuando las camareras de Palacio fueron a presentar el tierno retoño al padre, éste, hundido siempre en su sillón más macilento, más triste, más pálido que nunca, apenas si abrió los ojos para contemplar unos instantes el rostro abotargado de la tierna criaturita. Ignorante de la muerte de su mujer, también él se extinguía rápidamente, y no habría de tardar en morir, para unirse en el Mas Allá, con aquel sér angelical, bellísimo y frágil, que un día había traído Francisco I a su Palacio, y que había conseguido iluminar con un poco de luz y de felicidad su vida melancólica y triste...

Muertos los padres de Catalina, ésta quedaba bajo la custodia de su tío, el Papa Clemente VII. Anciano ya, pero fuerte como un roble, activo y energético, se sintió inmediatamente atraído por aquel angelito rubio, de carnes sonrosadas huérfana desde la cuna, y decidió que ésta fuera educada en un convento.

Pasaron los años. El hijo de Francisco I, fué creciendo, y también Catalina de Médicis. Allá en Inglaterra reinaba Enrique VIII, el cruel, el lascivo, el glotón, casado con una desventurada princesa española, a la que no amaba. Acariciaba el proyecto de casar a su hija con el hijo de Francisco I, pero este abrigada propósitos muy distintos.

Jean Clouel, un pintor famoso, estaba haciendo el retrato del monarca francés. Pero Francisco I, era un modelo detestable, no sabía estarse quieto, andaba de un lado a otro, interrumpía el trabajo para hacerle preguntas perrinas:

—Me han dicho que mi querido primo el Rey de Inglaterra, presume de tener unas piernas mejor modeladas que las mías.

El pintor sonrió y dejó descansar los pinceles en vista de que el monarca había decidido esperar su respuesta trasegando un buen vaso de exquisito vino, y era imposible seguir pintándole en aquella actitud. Contestó evasivamente:

—No he visto jamás las piernas de vuestro real pariente, Majestad, pero dudo que sean mejores que las vuestras.

Allá en Inglaterra, Enrique VIII, dejaba que Holbein inmortalizase su figura, mientras le decía muy indignado:

—Francisco I pretende tener unas piernas perfectas, pero no creo que sean mejores que las mías...

Aquellas trascendentalísimas preocupaciones tenían en aquel momento para ambos monarcas mucho más interés que los asuntos de Estado.

Entró, el Delfín de Francia, que venía a saludar a su padre. Este dejó de posar, hizo sentar a su hijo sobre sus rodillas y le acarició cariñosamente al mismo tiempo que decía al pintor:

—Mi hijo es un guapo mozo, ¿no es cierto? Pues bien, necesito que me hagáis un retrato suyo, un retrato en el que procurareis embellecerlo todavía más. Sobre todo el mentón... El mentón no me salió bien del todo. Le falta energía. Vos procurareis enmendar este error con vuestros pinceles. No hay que olvidar que de la energía de un mentón puede depender el futuro de Francia...

Unos días después, Clemente VII recibía un medallón de oro y piedras preciosas, en cuyo interior estaba encerrado el retrato del Delfín de Francia, junto con una carta en la que Francisco I proponía al Papa la alianza de su hijo con Catalina de Médicis. El Papa contempló extasiado el retrato del adolescente, y acogió la proposición del Rey con grandes muestras de regocijo.

—Loado sea Dios que me depara ventura semejante! Siempre deseé para mi sobrina Catalina una boda real. El hijo de Francisco I será el consorte ideal para la hija de Lorenzo de Médicis. Rasgos finos, nariz recta, ojos expresivos y, sobre todo, ¡ah!, sobre todo este mentón energico... Es preciso que Catalina deje inmediatamente el convento para venir a Palacio y educarse como corresponde a una futura reina de Francia.

Y, dirigiéndose a su Camarero mayor, le ordenó:

—Que vengan mi sobrino Hipólito y su amigo Spinelli. Tengo que confiarles una misión muy importante.

Hipólito y Spinelli contaban veinte años cada uno; eran altos, jóvenes, arrogantes y enamoradizos como buenos italianos. A ellos encomendó Clemente VII la delicada misión de ir en busca de Catalina y traerla con ellos. Partieron inmediatamente a caballo, y unas horas después llegaban al convento al que, apenas nacida, había sido llevada Catalina de Médicis.

Pero Catalina no quería irse, no quería abandonar aquel remanso de paz en el que había visto transcurrir plácidamente los doce primeros años de su existencia. Estaba

Jugando en el jardín con sus compañeras, cuando oyó la voz de las monjitas llamándola y vió aquel par de jóvenes cortesanos haciendo gestos para que se acercara. Su precoz inteligencia, le hizo presentir toda la verdad, y en lugar de obedecerles, lo que hizo fué correr desalentada por los claustros en busca de un refugio donde esconderse. Sus perseguidores la perdieron de vista momentáneamente, y de pronto vieron salir un grupo de monjitas que venían de hacer sus oraciones y se encaminaban al jardín... Los ojos de Hipólito descubrieron la figura diminuta de una de ellas, que se cubría el rostro con la mano, arrimándose mucho a una de sus compañeras como si quisiera pasar desapercibida. Corrió hacia ella, y sin respeto alguno a sus hábitos la levantó en brazos, llamándola con cariñoso reproche:

—¡Catalina! ¡Catalina! ¡Por qué huyes de nosotros?

Y la futura reina de Francia, fué arrebatada en brazos de un joven y apuesto italiano, a la paz conventual de aquel retiro, para hacer una entrada triunfal en el Palacio del Papa. Súbitamente impuesta de sus deberes, con el secreto instinto de su aristocrática raza, intentó arrodillarse ante su tío, y besar respetuosamente la mano que éste le tendía, pero Clemente VII se lo impidió, acarició suavemente el gentil rostro de la niña, y dijo a uno de los Cardenales que le rodeaban:

—Desde este momento mi sobrina se queda a vivir aquí. Deseo que se la eduque como a una futura Reina. Deberá aprender muchas cosas, entre ellas, el francés y el inglés, sobre todo el inglés, porque para gobernar a Francia se necesita saber muy bien el inglés...

También Francisco I había decidido hacer aprender a su hijo la lengua que se hablaba al otro lado del Canal. Una inglesa, Dama de Honor de la Reina, había sido escogida para profesora del chiquillo. Pero el futuro marido de Catalina de Médicis, no compartía los entusiasmos de su padre por aquella lengua tan enrevesada, y se había empeñado, con una obstinación principesca, en pronunciar a su manera las palabras que la sufrida maestra le iba enseñando.

Precisamente en uno de aquellos momentos de dramática tensión entre discípulo y profesora, entró en el cuarto de estudio Francisco I en persona, a tiempo para constatar la cerril obstinación de su hijo... y la belleza incomparable

de la dama. Decidió inmediatamente dirigir una severísima mirada a su tierno retoño, y hacerlo salir de la estancia, no sin haberle reprendido por su discola conducta.

El Delfín bajó avergonzado la linda cabecita, dejó libre el sillón que ocupaba junto a su profesora, y se alejó lentamente con las orejas gachas, decidido, empero, en su fuero interno, a seguir pronunciando el inglés como le diera la realísima gana, ya que por algo era el futuro rey de Francia.

Cuando el monarca y la profesora quedaron solos, Francisco I preguntó a ésta cómo se llamaba:

—Ana Bojena — repuso la interrogada, sosteniendo firmemente la mirada penetrante del rey.

—¡Ana Bolena! ¡Bonito nombre, a fe mía! Pero no muy inglés, ciertamente.

—Y, no obstante, mi abuelo era el duque de Norfolk...

—A propósito, yo también necesito un profesor de inglés — insinuó el monarca, sentándose junto a la maestra. — ¿Podrías vos darme lecciones? Os advierto que seré mejor discípulo que el perillán de mi hijo.

—Lo siento Majestad, pero mañana mismo parto para Inglaterra. He sido nombrada dama de honor de Su Majestad Británica.

La mirada de Francisco I se había hecho todavía más penetrante. Volvió a hablar, pero esta vez fué para dejar oír su voz de mando:

—Reposad la barbillita en el hueco de vuestra mano.

Ana Bóleña decidió obedecer sumisamente.

—Ahora acercad vuestro rostro al mío.

También esta vez Ana Bolena desistió de rebelarse contra el mandato de Francisco I de Francia.

—Entreabrid los labios y cerrad los ojos.

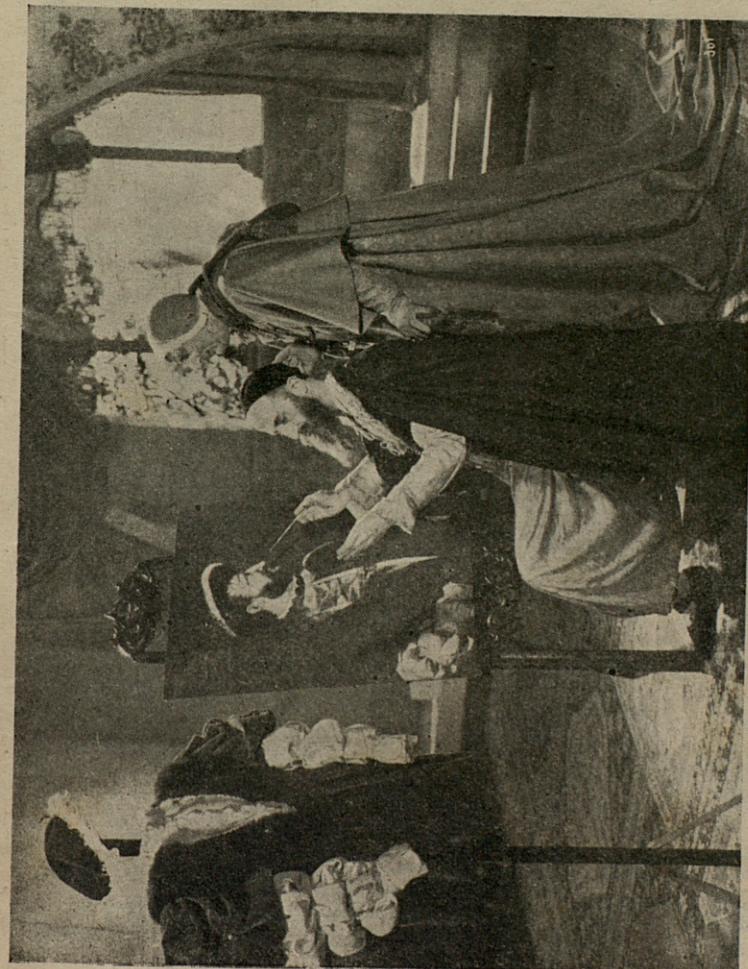
La obediencia era la cualidad predominante de Ana Bolena. Decidió, pues, ser fiel a ella hasta el fin.

Y entonces Francisco I no hubo de hacer un gran esfuerzo para llegar hasta los labios de Ana y depositar en ellos un largo beso. Esta abrió inmediatamente los ojos, pero la mirada inquisidora de Francisco I no leyó en ellos ni el menor asomo de reproche. Decidió hacer una pregunta arrriesgada: —Decidme Ana Bolena... ¿os ha gustado?

—Si os dijera que sí, ¿cuál sería vuestra respuesta?

—Os diría que tengo todavía otros besos más dulces que éste.

—Y si os dijera que no?



Jean Clouet, un pintor famoso, estaba haciendo el retrato del monarca francés.



Spanelli, con su voz musical y persuasiva, inició una plegaria: — Vergine Santa...

—Castigaría vuestra audacia obligándoos a devolverme el que os acabo de dar...

Y como Ana Bojena no se decidía a afirmar ni una cosa ni otra, Francisco I, hombre galante y monarca autoritario, depositó otro beso en los labios de la hermosa inglesa, con lo que, al mismo tiempo que cumplía su dulce promesa, le arrebataba el que le había dado antes.

Entretanto, allá en Italia, Cupido había decidido hacer una de las suyas penetrando en el Palacio de los Médicis y lanzando dos flechas de su carcaj: una, en dirección al corazón de Hipólito; otra, contra el de Spanelli, haciendo que se declarasen inmediatamente enamorados de Catalina, de sus ojos azules, de su cabello rubio, de sus formas de adolescente, en las cuales empezaban a insinuarse las curvas de la mujer...

Pero Clemente, que era tan buen Papa como excelente diplomático, vió inmediatamente el peligro y decidió conjurarlo poniendo en práctica un plan de defensa contra Cupido. Llamó a Hipólito en un momento en que ésta se hallaba junto a la rubia y adorable Catalina, lo llamó con voz severa, para dulcificarla inmediatamente que se hallaron solos y notificarle que... que había decidido nombrarlo cardenal. Así alejaba toda posibilidad de una boda entre él y Catalina. En cuanto a Spanelli, lo llamó también, sacó de un coche dos perlas grandísimas, en forma de pera, y poniéndola ante los ojos del joven y enamorado italiano, le dijo:

—Hijo mío, voy a encargarte una misión muy importante. Necesito cinco perlas más iguales a éstas en forma, tamaño y finura. No importa dónde se encuentren en la actualidad, allí deberás ir a buscarlas. Recorre el mundo entero si es necesario, yo te proveeré del dinero indispensable, pero no te vuelvas sin las perlas. Cuando regreses, te concederé en premio lo que me pidas.

Y sugestionado por aquellas palabras que envolvían una promesa de futura dicha, Spanelli partió en busca de las perlas iguales a las que ya poseía el Pontífice. Ahora, Catalina de Médicis, libre de la sugerión que sobre ella pudieran ejercer los dos jóvenes y apasionados italianos, podría dedicarse a la ardua tarea de preparación que requería el alto destino que le tenían asignado Clemente VII y Francisco I.

Mientras Hipólito se convertía en cardenal, Spanelli encontraba la primera de las perlas allá en el golfo pésico, con la ayuda de un negro pescador de perlas. La segunda tuvo la fortuna de adquirirla a buen precio a un bonzo, allá en el Asia milenaria. Con las dos perlas en su faltriquera, el italiano, espíritu aventurero y andariego, se trasladó a Abisinio. Alguien le había dicho que la Emperatriz que regía en aquel entonces el país, poseía dos perlas de un valor incomparable y de un tamaño desmesurado. Obediente a la voz de su instinto, allí fué a buscarlas.

Era cierto, la bella negrita descendiente directa, según ella, de la mismísima Reina de Saba, que gobernaba aquel pecado de sueño africano, poseía un par de perlas capaces de hacer andar de coronilla a todos los joyeros de Europa. Spanelli, recién llegado a la capital, vió pasar el real cortejo. Sentada sobre un palanquín, que conducían cuatro negrazos enormes, la Emperatriz de Abisinia se exhibía a sus súbditos. Sus ojos descubrieron de pronto la figura de un extranjero, confundido entre sus morenos súbditos.

Un grito gutural, salido de la garganta de la reina, y en seguida, el incauto adorador de Catalina se vió preso y maniatado por un par de energúmenos que se echaron sobre él, chillando y gesticulando.

Aquella misma noche la Emperatriz de Abisinia decidió aclarar de una vez sus dudas respecto a los propósitos más o menos confesables que hubieran podido conducir a aquel extranjero hasta sus dominios. Se vistió con sus mejores galas, con lo cual quedó un poco más desvestida de lo que acostumbraba, se hizo un peinado muy complicado, se sentó en un ancho diván, con las piernas cruzadas, se colocó en la garganta a guisa de collar, una enorme serpiente boa, y ordenó que el extranjero fuese conducido a su presencia.

No tardó en comparecer el italiano, un poco molido, pero tan altivo y arrogante como correspondía a su juventud y su valentía. La Emperatriz se lo quedó mirando unos instantes en silencio, y luego, dirigiéndose al Chambelán, le dijo unas palabras en su idioma:

—Glo, glo, glo, glu, glu, glu, mohinihu...

Spanelli quedó tan enterado como antes, no así el Chambelán, que en seguida se apresuró a dar una orden. Un instante después, dos hombres blancos más entraban en la cámara real. Eran éstos un inglés y un francés. Saludaron

cortésmente al nuevo huésped, y entonces el Chambelán, dirigiéndose al inglés, le dijo unas cuantas palabras en abisinio. El británico sonrió, se inclinó ante la reina, y dijo a su vecino el francés, habiéndole en este último idioma:

—Esta buena señora pretende que le sirvamos de intérprete entre ella y el recién llegado. Como yo conozco el abisinio y a la vez el francés, y usted conoce el italiano, nos iremos transmitiendo mutuamente las palabras y así tal vez consigamos congraciarnos con ella.

Pocos esfuerzos hubieron de hacer los intérpretes para ir traduciendo el diálogo que se cruzó entre la Emperatriz y Spanelli. Este miraba obsesionado a la descendiente de la Reina de Saba, y la miraba por dos razones de trascendental importancia. Primera, porque la Emperatriz, era a pesar de su oscuro color, de una belleza arrebatadora, y segunda, porque sus morenas orejas se adornaban con aquellas dos perlas iguales en tamaño y en belleza a las que él iba buscando...

Spanelli murmuró unas palabras en voz baja, y la Emperatriz se empeñó en conocer el significado de aquellos dulces sonidos que había emitido la garganta del italiano «¿Qué dice?», inquirió en abisinio. «¿Qué dice?», tradujo el inglés, dirigiéndose al francés. «¿Qué dice?», tradujo el francés, dirigiéndose al italiano.

—Digo que tiene unos ojos hermosísimos.

La frase pasó por los tres idiomas y llegó a oídos de la reina traducida de la siguiente manera:

—Dice que tiene dos ojos como dos estrellas, como dos abismos, como...

Antes de que terminara la traducción, ya la Emperatriz había mandado retirarse a todo el mundo: intérpretes, chambelán, servidores, y se había quedado sola con Spanelli. Le invitó a sentarse a su lado, éste obedeció, y procurando evadir las caricias de la serpiente que alargaba su enorme cabeza con intenciones malévolas, enlazó por el talle a la morenita y bella tirana, depositando un beso en sus labios.

Al día siguiente, la ilustre descendiente de la Reina de Saba, hacia el obsequio de las dos perlas que adornaban sus orejas al joven y arrogante extranjero que, un poco más tarde, burlando la vigilancia de sus guardianes, conseguía

huir de aquel país. Meses más tarde, de regreso a Europa con cuatro de las cinco perlas que buscaba, y desesperando de hallarlas, entró en una iglesia española y se arrodilló ante un altar en el que se veía una hermosísima imagen de la Virgen María. Con su voz musical y persuasiva, el joven italiano inició una plegaria:

—«Vergine Santa...».

Con toda su fe y con toda su esperanza, pedía a la Virgen que le facilitara el camino que debería conducirle a la adquisición de la quinta perla... Y he aquí que la imagen venerada adquiere de pronto movimiento, le sonríe, inclina la cabeza, y deja caer sobre la mano tendida, en actitud implorante del joven italiano, una perla exactamente igual a las que ya poseía, y que un momento antes adornaba la corona que ceñía su cabeza.

Con las cinco perlas en el bolsillo, Spanelli decidió dar por terminado su viaje y volver al lado del Sumo Pontífice para recibir el premio prometido. No le cabía la menor duda de que éste sería Catalina de Médicis, la rubia y adorable sobrina de Clemente VII.

Pero le esperaba una desilusión terrible. Catalina acababa de prometerse al Delfín de Francia, y la boda no tardaría en celebrarse. Por una ironía del destino, las cuatro perlas que él traía consigo, junto con las tres que poseía el Papa, iban a constituir el hermoso collar que Clemente VII pensaba regalar a Catalina junto con otras joyas...

Mientras tanto, en Inglaterra, Enrique VIII estaba a punto de crear un grave conflicto al mundo entero para dar satisfacción a uno de sus innumerables caprichos. Ana Bolena, la profesora de inglés, que en la Corte de Francia había conocido el alcance de las finas galanterías de Francisco I, trasladada ahora a Inglaterra, se había convertido en la favorita del monarca inglés, contrafigura de su primo, brutal, ordinario, soez y despótico, tanto como el francés era espiritual, delicado, galante y complaciente. Mujer tan ambiciosa y astuta como bella, decidió explotar el dominio que ejercía sobre aquel hombre y...

La voz de Juan Martín se dejó oír a través de la Historia, para decir a su mujercita, desde aquel recoleto y confortable rincón de su modernísimo despacho de París:

—Aquel bruto no contento con humillar a su mujer legítima imponiéndole a cada momento la presencia de su

favorita, se empeñó en que se anulara su matrimonio para poder casarse con Ana Bolena. Así se lo manifestó al Cardenal Wosley, quien rechazó la propuesta horrorizado. Entonces de la católica Inglaterra salió una petición en regla para el Papa Clemente VII, en la que el monarca inglés le pedía la anulación de su matrimonio. Clemente VII se negó rotundamente. Enrique VIII protestó contra él, protestó contra el cardenal, protestó contra todo el mundo y a fuerza de protestar... se hizo protestante!, y desde aquel momento quedó trazado el nuevo destino religioso de Inglaterra.

Mientras tanto, en el Continente, se celebraban con gran pompa y jolgorio las bodas del Delfín de Francia con Catalina de Médicis. Pasaron los años, murió Francisco I, el rey galante y decidido, le sucedió su hijo, casado con Catalina, que murió prematuramente, no sin haber dejado un sucesor. En Escocia nació María Estuardo. Unos años más tarde, ésta contraía matrimonio con el nieto de Francisco I, hijo de Catalina de Médicis, y a la sazón Rey de Francia. Los dos eran jóvenes, tan jóvenes que apenas si habían dejado los juegos infantiles. El día de la boda, Catalina de Médicis, hizo a su nuera un presente valioso. El collar de siete perlas que el Papa Clemente VII —muerto también— le había regalado cuando contrajo matrimonio con el entonces Delfín de Francia. Las siete perlas entraban de lleno en la Historia.

También en Inglaterra se habían sucedido los acontecimientos con una rapidez vertiginosa. Enrique VIII había conseguido su capricho, rompiendo con la Iglesia Católica, siendo ex comulgado por el Papa, y casándose con Ana Bolena después de haberse divorciado de su primera mujer. La ambiciosa inglesa no tardó en conocer las mieles de la derrota, apenas saboreadas las mieles del triunfo, y acabó pagando con su vida el delito de haber querido ceñir la corona de Inglaterra. Finalmente, después de haber batido el récord de matrimonios, la vida de Enrique VIII se extinguía también y dejó de protestar para siempre. Ahora el cetro y la corona estaban en poder de una mujer: ISABEL DE INGLATERRA. ¿Tenía derecho a ello? Ella decía que sí. María Estuardo, su prima, Reina entonces de Francia, decía que no. ¿Cuál de las dos estaba en lo cierto? La Historia no ha acabado nunca de aclararnos este punto.

Si, María Estuardo se hacia llamar a sí misma Reina de Inglaterra y de Escocia. Presentía, tal vez, que la corona de Francia iba a serle pronto arrebatada y quería quedarse con alguna otra de reserva.

La Muerte se abatió una vez más sobre la Casa de Francia. El joven rey se moría prematuramente, como lo hiciera años antes su padre. El abuelo Francisco I, desde el otro mundo, debía sentirse muy descontento de la actitud desdeñosa que adoptaban sus herederos para la corona de sus mayores, abandonándola tan rápidamente, y sin duda alguna aprovecharía la ocasión para echárselo en cara tan pronto como éstos comparecieran ante su real presencia, con alguna de aquellas palabras agudas e irónicas que en vida le habían hecho tan irresistiblemente atractivo.

María Estuardo quedó viuda en el umbral que separa la adolescencia de la juventud. Su marido había muerto sin dejar sucesión y esto significaba para ella la pérdida de la corona. Catalina de Médicis, su suegra, que mientras duró el reinado de su hijo hubo de resignarse a pasar a segundo término, avanzaba de nuevo hacia las candejas del teatro de la Vida para representar un primer papel. Odiaba cordialmente a su nuera, y no habría de cejar en su empeño de hacerle la vida imposible hasta que ésta decidiera volverse a su país. Muerto el marido de la Estuardo, Catalina de Médicis volvía a ser la primera mujer de la Corte.

Y como los años habían agudizado su tacañería, cuando su nuera decidió complacerla, no quiso sacar ni un céntimo de las arcas reales para entregárselo a su nuera, limitándose a hacerle donación definitiva del collar de siete perlas que un día le regalara a ella su tío el Papa Clemente VII. La nuera intentó protestar, alegando que, en realidad, aquel collar se lo había ya donado el día de la boda, la de Médicis contestó arrogantemente:

—No es cierto. Entonces os lo dejé en depósito. Ahora os lo doy. Vale una fortuna...

Y María Estuardo, después de haber llorado a su marido, después de haberle cerrado los ojos, después de haberle llevado durante cuarenta días el «luto blanco» de la Corte, se dispuso a abandonar Francia para volver a Escocia, y hacerse coronar reina. Católica ferviente, pidió antes al Altísimo que le ayudara en la tarea que pensaba emprender:

—¡Señor, apiadaos de mí! ¡Soy tan joven y tan inexperta...! Me encuentro tan sola y tan triste. Trazadme el camino a seguir y hacer que nunca me aparte de él.

Y partió. Llevaba el pecho hinchido de esperanzas y, ¿por qué no decirlo?, de ambiciones. Soñaba con arrebatarle el trono a su augusta prima Isabel de Inglaterra, a la que ella calificaba despectivamente de usurpadora. Sólo ella tenía derecho a ceñir la corona que detentaba Isabel. Volviendo a Escocia lanzaba un reto a su vecina y rival, que no ignoraba los propósitos de la joven y bellísima prima. La suerte estaba echada. Pronto habría de verse cuál de las dos mujeres era la triunfadora.

Venció la más astuta, la más solapada, la más cruel y también la más inteligente. María Estuardo era bella, despreocupada, sensitiva, apasionada, sincera, alocada, bulliciosa, alegre, comunicativa... Isabel era fea, reconcentrada, taciturna, malintencionada, fría, calculadora...

Y un día María Estuardo, después de haberse casado de nuevo y enviudado, después de haber cometido algunos errores, después de haber intrigado inútilmente para seguir sus propósitos de coronarse reina de Inglaterra, se vió de pronto encerrada entre las cuatro paredes de un castillo siniestro, aparentemente en libertad, pero en realidad, prisionera de su augusta prima.

SENTENCIA DE MUERTE PARA MARÍA ESTUARDO!
¡Aquella garganta de alabastro condenada a recibir el golpe brutal del hacha del verdugo! Aquella sangre, todavía joven y ardiente, condenada a derramarse a borbotones por la herida abierta. Aquella cabeza adorable, cercenada; aquel cuerpo, mutilado bárbaramente. Debía cumplirse un destino histórico, y para ello era necesario que las sienes de Isabel siguieran cifiendo la corona de Inglaterra, mientras que las de María Estuardo eran empapadas por el sudor de la agonía.

Ha llegado la hora fatal. La infortunada reina de Escocia, alma estoica, espíritu cristiano, casta de reyes y de héroes, sabrá morir dignamente, con una muerte que la redima de todos los errores pasados, de todas sus flaquezas de mujer, acaba de hacerse el último tocado, y se despide cariñosamente de sus fieles servidores que lo rodean, llorando desconsoladamente. Entre todos ella es la más serena, la

que habla con más aplomo, la que suaviza con una sonrisa las terribles palabras de eterna despedida...

Adiós, adiós mis fieles servidores. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí. Ved estos guantes rojos que cubren mis mano y mis brazos. Me los he puesto para que, al mezclarse con mi sangre, no os produzcan tanto horror.

Entrega a sus servidores buena parte de sus joyas, y cogiendo el collar de siete perlas que un día le regalara Catalina de Médicis, lo coloca en un cajoncito de su tocador.

Un momento de desfallecimiento, un momento tan sólo y en seguida María Estuardo, rígida, altiva, desdeñosa, magníficamente serena, va al encuentro de la Muerte.

En el preciso momento en que el verdugo cumplía la sentencia inexorable, tres amigos de lo ajeno entraban por la ventana en la habitación de María Estuardo. Los aprovechados cacos, valiéndose de la soledad en que había quedado el cuarto de la reina, empezaron a remover cajones y cofres, echando mano de todo lo que pudieron hallar. Poco, porque María Estuardo lo había repartido casi todo, pero lograron hacerse con un collar de siete perlas grandes como un huevo de paloma, unidas entre sí por una cadeñita, formando, más que collar, una especie de pendentif. Salieron por el mismo sitio por donde habían venido, y una vez en la calle, al abrigo de miradas indiscretas, procedieron a hacer el reparto. Dos perlas para uno, dos para otros y tres para el más aprovechado de los cacos, el que chillaba siempre más, el que invocaba más derechos, el más matón, que siempre salía beneficiado.

Pero he ahí que han sido descubiertos por los guardianes del castillo. Intentar huir. Demasiado tarde para dos de ellos que son apresados y muertos en la refriega; pero el otro, el de las tres perlas, logra huir de las garras de sus perseguidores.

Las cuatro perlas encontradas en la faltriquera de los dos ladrones muertos fueron a parar a manos de Isabel. Aquellas cuatro perlas representaban una fortuna que habría debido ser entregada a los herederos de María Estuardo, pero ¿acaso no era ella prima de la muerta? Claro que la infeliz reina de Escocia había tenido un hijo, pero ¡bien era Isabel para tener en cuenta estas pequeñeces! Sus ojuelos acuosos contemplaron un instante aquél

maravilloso presente que le hacía el Destino y decidió ponerlo a buen recaudo. Cuatro, pues, de las siete perlas que habían adornado la garganta, primero, de Catalina de Médicis; más tarde, de la malograda María Estuardo, fueron a parar al doble fondo de un cofrecito, en el que por involuntario olvido de Isabel descansaron años y años.

Murió por fin Isabel de Inglaterra, excelente reina y detestable mujer, y se fueron sucediendo los años y los reyes, hasta llegar a la excelente, burguesa, inteligente y buenísima Victoria. Y un día ésta cogió entre sus manos el cofre, comprobó que tenía doble fondo, consiguió abrirlo, y un joh! de admiración salió de su regia garganta, al ver aquellas maravillosas perlas. Unos días después éstas pasaban a adornar la Corona Real de Inglaterra, y allí siguen engarzadas, destacándose entre piedras preciosas de un valor incalculable, que las rodean rindiendo pleitesía a su imponente belleza.

Y aquí termina la historia de cuatro de las perlas que un día regalara Clemente VII a su rubia y angelical sobrina Catalina de Médicis, futura reina de Francia...

PARTE SEGUNDA

HISTORIA DE TRES PERLAS

Ana, la mujer de Juan Martín, ha estado escuchando embelesada el relato que le ha hecho su marido. Ante sus ojos acaban de desfilar las figuras de reyes y príncipes nobles y plebeyos. Clemente VII, Catalina de Médicis, Francisco I, María Estuardo, Isabel y Victoria de Inglaterra... Todos, todos pertenecen ya al reino de las sombras, mientras que las perlas históricas descansan tranquilas y confiadas en la Corona...

Pero, ¿y las tres que se llevó el ladrón afortunado? ¿A dónde habrán ido a parar? Se hace de todo punto indispensable averiguarlo. Juan Martín tiene planeado el guión de una película en la cual las siete perlas harán de protagonistas, y no es cosa de dejar que tres de ellas se queden entre bastidores... La empresa no es tan difícil como podría

parecer en el primer momento. Después de todo se trata de unas perlas tan grandes, tan desmesuradamente grandes, como seguramente no existen otras en el mundo, por lo menos en Europa. ¿En dónde se hallan? «Ecco il problema...». La larga nariz del escritor empieza a husmear...

Husmeando, husmeando ha salido de París, ha atravesado el Canal, y se halla ahora en los lugares que fueron teatro de la tragedia que costó la vida a María Estuardo. Hélo aquí frente a una posada en la que, según dicen las Agencias de Turismo, estuvo el ladrón de las perlas. Entra en la posada. El camarero le explica, en inglés, que todo está igual, exactamente igual que hace una barbaridad de años, pero Juan Martín no parece muy convencido, entre otras razones porque no entiende el inglés, y no puede enterarse de lo que le están diciendo. Intenta leer unas inscripciones que se encuentran escritas en las paredes de la posada, pero tropieza con el mismo inconveniente, puesto que están redactadas en inglés. Se impacienta y comenta con ironía:

—¿Por qué diablos se empeñarán estas gentes en hablar y escribir un idioma tan enrevesado?

Dos hombres han entrado también en la posada. Dos caballeros en toda la extensión de la palabra, finos, distinguidos, bien trajeados... En seguida se echa de ver que no se trata de personas vulgares. ¡Claro que no! ¡Como que son nada menos que el Lord Chambelán del Palacio de los reyes de Inglaterra y el Camarero Mayor de Su Santidad! Los tres se han reunido en aquel lugar picados por la misma tarántula. La curiosidad. Los tres, conocedores de la extraordinaria historia del collar, quieren descubrir el paradero de las tres perlas desaparecidas...

El italiano ha oído el humorístico comentario de Juan Martín y se le acerca, amable y sonriente, para ofrecerle sus servicios de intérprete. Conoce bien el francés, y el inglés, y el alemán, y el español, y el polaco... Siete lenguas en total. Juan Martín, que nunca se ha preocupado de averiguar cómo pueden entenderse los mortales que no hablan el idioma de Molière, se enjuga el sudor de su frente y contempla al italiano con estupor admirativo. Entretanto, el inglés se ha acercado también, y los tres hombres, unidos por un deseo común, no tardan en estrecharse las manos, y sentarse en una mesa y comunicarse

sus mutuos proyectos, gracias a los buenos oficios del italiano que sirve de intérprete.

De aquél encuentro casual salió una resolución inmediata. La de volver a encontrarse en aquella posada quince días después, luego de haber procurado averiguar, cada uno por separado, y valiéndose de todos los medios, el paradero actual de una perla...

En París, la encantadora mujercita de Juan Martín acababa de leer en el diario de aquella mañana, un anuncio que la hizo lanzarse al teléfono, pedir conferencia con Inglaterra, y hablar con su marido. Este se hallaba comiendo tranquilamente en el comedor del hotel, pero dejó olvidado el alón de pollo para precipitarse a la cabina telefónica y oír la encantadora voz de su mujer:

—Juan, ¿cómo estás? ¿Me oyes? ¿Has descubierto algo? ¿NO? Pues yo creo haber dado con nuestra perla. Escucha lo que voy a leerte. Se trata de un anuncio aparecido esta mañana en «Le Temps». «Hoy, en el «Hotel de Ventas», subasta de una perla finísima, en forma de pera, de un valor incalculable, que tiene un pasado histórico... Valorada en varios miles de francos...».

Juan Martín, que con un movimiento instintivo se había calado los lentes como si quisiera leer por sí mismo aquel anuncio, soltó unas cuantas exclamaciones:

—¡Sí, sí! ¡No cabe duda! ¡Se trata de una de nuestras perlas! ¡No la pierdas de vista! ¡Ve mañana al «Hotel de Ventas» y mira quién la adquiere! ¡Qué? ¡Qué dices? ¡Señorita! ¡Han cortado! ¡No oigo nada...!

Obediente a las sugerencias de su marido, la señora Martín se encamina al día siguiente al «Hotel de Ventas», decidida a averiguar lo que pueda haber de realidad en sus sospechas.

Llegó al lugar de la subasta, y ante los ojos de los concurrentes a la misma, hizo pronto su aparición la famosa perla. La dueña de la joya, una señora de edad respetable y un pasado que lo era mucho menos, hizo el artículo del objeto a subastar. En seguida se dió comienzo a la tarea de valorar aquella perla incomparable.

Junto a Ana se situó un señor de mediana edad, alto.

corpulento, de físico perfectamente vulgar y expresión de buena persona. Aquel hombre tenía el aire de simple curioso y no era aventurado suponer que no sería él quien se llevase la joya.

Y empezaron las pujas.

—Cincuenta mil francos.

—Setenta mil.

—Cien mil.

—Ciento cincuenta mil.

—Ciento sesenta.

—Doscientos mil...

—Doscientos veinticinco mil...

Aquella suma más que respetable tuvo la virtud de hacer enmudecer el entusiasmo de los pretendientes a la joya, que decidieron otorgársela «generosamente» al ofertor de los doscientos veinticinco mil. Un silencio de muerte reinó en la estancia. En seguida se oyó la voz del subastador, diciendo:

—¡Señores! ¡No hay quién de más? Doscientos veinticinco mil a la una, a las dos, a las...

—¡DOSCIENTOS CINCUENTA MIL FRANCOS!

Aquella cantidad casi fabulosa acababa de emitirla la garganta del vecino de la señora Martín, que hasta aquel momento había permanecido impasible con el sombrero puesto, las manos en los bolsillos, y el aire flemático de un inglés. No era inglés, sin embargo, sino francés, francés de Marsella, comerciante, rico... y generoso, tan generoso que pagaba religiosamente sin decir ni pio todos los caprichos y las extravagancias de una tal Susanita, una linda parisense de veinte abriles, bonita como un sol y fresca como una lechuga.

Precisamente en aquel momento, Susanita se hallaba en el lindo pisito que debía a la generosidad del marsellés, charlando «amigablemente» con un joven de veinticinco años, guapo él, fotogénico él y tan fresco él que había sido capaz de resfriar a un pingüino. Hablaban precisamente del marsellés. Susanita reía a carcajadas pensando... pensando en la cara de estúpido que pondría si la viera en aquel momento acompañada de Alfonsito. Comentó irónicamente:

—Por fortuna sale esta noche para el Havre, de modo que podemos estar tranquilos. Estoy segura de que me traerá un regalo espléndido, de doscientos mil francos por lo menos...

La joya había sido adjudicada al marsellés, que tomó posesión de la misma y salió del «Hotel de Ventas». Momentos después, subía la escalera que le conducía al pisito de Susanita, cantando alegremente y pensando en la sorpresa que daría a su amor...

La sorpresa, ¡y qué sorpresa!, se la llevó él al abrir silenciosamente la puerta y contemplar el cuadro que hacían Susanita y Alfonsito, tiernamente abrazados. Precisamente ella le estaba llamando por un apodo muy dulce, tan dulce, que al infeliz marsellés, le supo a hiel. Soltó un ¡oh! que no era precisamente de admiración, y volvió a cerrar la puerta rápidamente, aunque no tanto que no hubiera sido visto por los dos protagonistas del drama, quienes, pasado el momento de estupor, viendo que el Otelo de Marsella en lugar de lanzarse sobre ellos como una fiera, se limitaba a tomar las de Villadiego, prorrumpieron en exclamaciones de indignación. Sobre todo Susanita. ¡Había que oirla!

—¡Habrás visto el muy fresco! ¡Decir que se iba al Havre y venir a una hora tan intempestiva! ¡Y ahora es capaz de marcharse con el regalo! Luego pretendan que se les quiera...

Y la pobre Susanita, descansó su linda cabeza sobre el pecho de Alfonsito, llorando a lágrima viva...

—¡Bueno, bueno, bueno! — habían pronunciado los labios del marsellés al cerrar la puerta tras de sí. Sacó luego la perla del bolsillo, la contempló unos instantes en silencio, y luego dejó caer una sentencia filosófica:

—¡Qué estúpidos somos los hombres algunas veces!

Aquella escena tan poco edificante había tenido un testigo ocular. Oculta tras la barandilla de la escalera, Ana Martín, que había seguido al marsellés hasta allí, acababa de convencerse de que, en realidad, los hombres eran unos estúpidos algunas veces, y que el marsellés lo era en grado superlativo. Decidió seguirle fuera a donde fuera. Una hora después (qué no conseguirán las mujeres), había logrado averiguar que se dirigía al Havre, para embarcar en el «Normandie», rumbo a los Estados Unidos. Se apresuró a ponerse en comunicación con su marido, y éste le ordenó con un tono casi comminatorio:

—Sígele al Havre, embarca en el «Normandie», y en Southampton me reuniré contigo... Sobre todo no pierdas de vista la perla.

Esposa sumisa y obediente, Ana se dispuso a obedecer. Tomó el mismo tren del honrado comerciante, alquiló una habitación vecina a la suya en el hotel, y miró por el ojo de la cerradura, a tiempo para ver cómo el marseillés guardaba cuidadosamente la perla en un hueco de su maleta. Se había quitado previamente los zapatos para no hacer ruido, pero al ir a retroceder tropezó con un sillón. El marseillés oyó un rumor extraño, tan cerca de aquella puerta que comunicaba con el otro cuarto, y se escamó, pensando en lo codiciable que podría ser la perla para un rata de hotel. Avanzó sigilosamente, aplicó el ojo a la cerradura...

La señora Martín, satisfecha con lo que había podido ver, y que le había demostrado que el marseillés no se había desembarazado todavía de la perla, se disponía a acostarse tranquilamente. Empezó a desnudarse sin sospechar ni remotamente que también ella estaba siendo objeto de una inspección detalladísima por parte de su vecino.

En efecto, el marseillés, había aplicado el ojo a la cerradura a tiempo para ver una hermosísima mujer desprenderse tranquilamente del vestido. El honrado comerciante, amador infeliz de la veleidosa Susanita, soltó un «Par example» con un acento mil veces marseillés y siguió con el ojo incrustado en el agujero de la llave, sólo lo separó un momento, el tiempo justo para coger un sillón, sentarse frente a la puerta y desde aquel campo de experimentación seguir observando atentamente...

Entretanto, el italiano, el francés y el inglés, se han reunido de nuevo en la posada, el día y la hora fijados. Cada uno tiene una cosa que contar, cada uno ha encontrado una pista. He aquí la historia de una de las tres perlas...

Enrique IV de Francia se halla en Dieppe, preparando una de aquellas campañas guerreras que le han dado fama de invencible. Le acompaña su mujer, de la que está profundamente enamorado. Están en su tienda de campaña, y Enrique IV le expone sus planes de batalla. Se están preparando para el ataque, y tiene fe absoluta en la victoria. ¡Lástima grande que para conseguirla tengan que verterse ríos

de sangre! El, como todos los grandes guerreros, tiene un alma sensible y sufre enormemente por cada uno de los hombres que tendrán que ser sacrificados...

—Ven conmigo —le dice, cogiéndola del brazo y atrayéndola fuera de la tienda—. Quiero que veas mis buenos mercenarios ingleses. 940 en total. Todos hombres valientes y aguerridos. Confío mucho en ellos.

Salen, y avanzan entre vitores de entusiasmo. De pronto, uno de los ingleses, avanza hacia la reina, como si quisiera decirle algo. Esta se asusta y lanza un grito. Teme ser agredida. Los ojos de aquél hombre tienen un brillo extraño. Pero no, no tenía que temer nada de él. Los acontecimientos que van a sucederse se encargarán de demostrárselo cumplidamente.

Ha terminado la batalla con una gran victoria de las tropas de Enrique IV. Los soldados mercenarios y voluntarios no han sido ajenos a ella. Enrique se ha reunido con su mujer y le cuenta algunos de los incidentes más destacados de la gloriosa jornada.

De pronto, en el umbral de la tienda, aparece la figura de un hombre. El inglés que unas horas antes, pareció querer agredirla. Lleva la cabeza vendada, con un trapo empapado en sangre. Está pálido como un muerto, pero todavía se sostiene y avanza hacia la reina, con ojos de iluminado...

Enrique IV ve que aquel hombre se sostiene en pie sólo por un milagro y le tiende generosamente los brazos, en los que se desploma el guerrero. Despues abre la mano que sostiene fuertemente cerrada y ante los ojos maravillados del rey y la reina, aparece una perla de gran tamaño.

—Para vos, señora — balbucea el inglés, entregando la joya a la mujer de Enrique IV... No la regaléis a nadie, quedáros con ella, os lo suplico...

¿Qué móvil había impulsado a aquel truhán a aquel acto de póstuma galantería? Tal vez la peregrina belleza de la reina no fuera ajena a ella.

La reina coge entre sus manos la mano del ladrón, y éste sonríe beatíficamente, como si aquella suave caricia fuera todo lo que deseaba en pago de su acción guerrera y su acto de generosidad. En seguida inclina la cabeza, cierra los ojos, expira. Ha muerto en los brazos del rey, que murmura tristemente:

—¡Pobre amigo! ¡Su muerte ha sido la de un héroe! Ha derramado su sangre por Francia... Y luego me preguntan por qué odio la guerra... Es tan triste el sacrificio de hombres que ella nos exige...

Pasaron los años y los reyes, la perla fué cambiando sucesivamente de dueños, hasta llegar a manos de una cortesana famosa, una mujer que habiendo nacido en cuna humilde llegó a merecer los favores de un rey, Madame Dubarry.

Rodeada de su corte de amigos y aduladores, la favorita muestra una hermosa perla que acaban de regalarle. Sam, el pequeño negrito, al que ella mimá con la misma amable despreocupación con que mimaría un perrito de lujo, está junto a su dueña, sosteniendo el almohadón sobre el cual volverá a descansar la perla una vez haya sido examinada por todos los allí reunidos, cortesanos... y cortesanas. La Dubarry está orgullosa de aquél «juguete», orgullosa de la sumisión que el pequeño le muestra. Confía más en él que en la más íntima de sus amigas. Y como una de los cortesanos se permite dudar de la felicidad del pequeño criadito, ésta contesta:

—¡Pero si me adora como a una diosa! ¡Pobrecillo!

Tiende al pequeño su mano fina y cuidada, que tantas veces ha besado el Rey Sol, y le dice en un tono entre cariñoso y comiserativo:

—Te permito besar la punta de mis dedos...

La Dubarry ha visto morir ya a su amante, pero todavía joven y hermosa, sigue su carrera triunfal. El Trono de Francia lo ocupan ahora Luis XVI y María Antonieta.

Y la Revolución estalla brutal, incontrolable, arrolladora... Han caído ya muchas cabezas bajo la afilada cuchilla de la guillotina. Cantando la siniestra canción «La Carmañola» llegan las turmas al palacio de la Dubarry. Un momento antes, ésta, acompañada de una de sus fieles servientas, ha procedido a enterrar, al pie de un viejo árbol del jardín, las hermosas joyas que posee.

Pero aquel acto ha tenido un testigo, que avanza al



Enrique IV de Francia se encuentra en su tienda acompañado de su mujer.



Aquel hombre apenas contesta el saludo del poderoso de Francia. Sus ojos...

encuentro de los desarrapados que golpean la verja, les franquea la entrada, y señalando a la Dubarry lanza sobre ella un tropel de acusaciones. Acompaña después a las desgreñadas mujeres, hasta el pie del árbol en donde la ex favorita acaba de enterrar su tesoro. Y pronto, ante los ojos codiciosos de aquella turba amenazadora, ebria de sangre, relucen los collares, las sortijas, las piedras preciosas y sobre todo, una perla enorme, maravillosa, una perla que debe valer una fortuna... El negrito ha sido el traidor, el negrito ha desenmascarado a su dueña.

La Dubarry se vuelve hacia él para reprocharle su proceder, y entonces el criadito, el juguete, como única respuesta, le alarga desdénosamente la mano para decirle con un tono de infinito desprecio:

—Os permito besar la punta de mis dedos.

Ha terminado por fin la carnicería. La guillotina descansa después de haber cumplido con creces su siniestro cometido. Barrás es el dueño de Francia.

«Quién es aquel hombre joven, delgado y paliducho de largos cabellos lacos y mirada de águila, que acaba de entrar en el salón de la casa de Barrás?» «El Gato con Botas» le llama éste desdénosamente, pero sale a su encuentro apenas ve su magra silueta destacarse en el umbral de la puerta. Es el general Bonaparte, de treinta años de edad, el Genio de la guerra...

Aquel hombre apenas contesta el saludo del hombre más poderoso de Francia. Sus ojos ven una mujer, Josefina de Beauharnais. Se acerca a ella, que sonríe, y le tiende la mano, tal vez con el mismo gesto con que la Dubarry tendía la suya al negrito vengativo. Pero Bonaparte no tiene el alma vil y negra del pequeño protegido de la favorita, es por el contrario, generoso, apasionado, no puede sentir rencor hacia aquella mujer que se burla de él —bien lo sabe— pero que ¡es tan hermosa!

—¿Por qué me tratáis así? —murmura cuando está junto a ella—. ¡Sabeis que os amo! ¿por qué entonces os gozáis en atormentarme? Soy pequeño, insignificante, pero... ¡Os amo! Vuestra imagen está fija en mi pensamiento, y me acompaña adonde quiera que vaya. A veces creo odiaros, pero no es verdad... Sois una mujer detestable... y adorable.

No dice más. Se aleja de la bella, que sigue sonriendo, y

se acerca a Barrás para decirle con tono conminatorio:
—Os he ganado cien batallas, soy el general más joven del ejército, y me dejáis ir sin un céntimo en el bolsillo. Necesito cuarenta mil francos esta misma noche.

Al día siguiente, Bonaparte invertía la suma religiosamente entregada por Barrás, integra en la compra de una hermosísima perla grande y deslumbradora, y pocas semanas después, momentos antes de partir de nuevo para la guerra, contraía matrimonio con la desdenosa Josefina de Deauharnais, y como regalo de boda le hacía ofrenda de aquella joya magnífica...

Han pasado los años. Bonaparte ha seguido venciendo en la guerra, ha ido subiendo, subiendo hasta convertirse en emperador. En 1815 lo vemos envejecido prematuramente, triste, solo, recordando el pasado feliz, que irá unido irremisiblemente a la única mujer que de veras ha amado. ¡JOSEFINA!, separada ahora de él por razones de Estado, y muerta ya... Hortensia, la hermana de Napoleón, acude a verlo. Le trae una joya que perteneció a Josefina y que ella ha logrado rescatar. La famosa perla...

La vida sigue... Ha muerto el coloso, ha muerto allá en el destierro de Santa Elena. Ahora ocupa el trono de Francia un emperador burgués, insignificante y buena persona, que pasará a la Historia sin pena ni gloria, con el nombre de Napoleón III. Ha contraído matrimonio con una bellísima española, Eugenia de Montijo. A esta mujer adorable regala un día su marido la perla que perteneció a Josefina. Esta adorará la garganta de una de las mujeres más bellas de su época.

Pero no será por mucho tiempo. Catástrofe tras catástrofe el Imperio se derrumba, y un día, Eugenia de Montijo, viuda, sola, triste, envejecida, entra en una iglesia de su tierra, se postra ante una imagen de la Virgen, y le hace donación de la perla que le regalara su marido años antes... Aquella imagen es la misma que siglos atrás, inclinara la cabeza para dejar caer una perla exactamente igual que aquélla en las manos ávidas de Spanelli. Y la joya regalada por la ex emperatriz vuelve a adornar la purísima frente de la Virgen...

Hasta aquí el relato del italiano, que ha visto con sus propios ojos la joya luciendo en la Imagen, y ha oido de

labios del humilde curita el relato y el nombre de la generosa donante.

La otra perla, tuvo la pobrecita, un destino mucho menos brillante. He aquí su historia:

El truhán que en trance de muerte tuviera aquel gesto galante de regalar una perla a la mujer de Enrique IV de Francia, antes de alistarse como voluntario en el ejército de este rey, encontrando muerte heroica, había perdido un día, jugando a los dados, una de las tres perlas robadas. El caballero inglés que ganó la joya, se la entregó a su futura esposa, la que, andando el tiempo la regaló a su hija, y ésta a la suya, y así sucesivamente hasta llegar al último vástago de la familia, que por ser hombre y ser jugador empoderado, en lugar de guardarla como un tesoro de un valor incomparable, se la jugó estúpidamente. El afortunado ganador de la joya, fué esta vez... ¿Lo adivinan ustedes? Pues, si, señores, fué el inglés de la posada, a quien el destino había puesto frente a aquella perla que andaba buscando.

Ahora, ante los ojos asombrados del francés y del italiano, les muestra aquella maravilla de las maravillas.

Pero, ¡oh desilusión! La perla era falsa, más falsa que el alma de Judas. Le bastó al italiano echarle una mirada para convencérse de ello. Un fuerte golpe sobre ella y se partió en mil pedazos. No podía darse una prueba más evidente.

Tampoco la historia de la perla que ahora detenta el honrado y burlado comerciante marsellés, es ni con mucho tan brillante como la que lucieron reinas y emperatrices después de haber sido robada. Su trayectoria fué larga, pero monótona, y digna solamente de ser mencionada en los anales de la galantería. Vendida en Francia por el ladrón a una cortesana, ésta a su vez, hubo de venderla más tarde a un galante caballero, que se apresuró a regalarla a su amiga, joven, bonita y coqueta. El mismo proceso de descomposición que se había operado en otras mujeres de su clase, obligó a ésta, al cabo de los años, vieja y achacosa, a venderla a un petrimeatre, enamorado de una cantante de fama. La perla adornó su desnuda garganta durante varios

años. De las manos de ésta pasó á las de otra mujer galante, y otra, y otra, hasta que un caballero hidalgo y español, Pedro Ximenez, la adquirió para regalársela a una hermosa bailarina de la ópera... Pasó el tiempo, las piernas de la bailarina se volvieron pesadas, fofas y reumáticas... Y otra vez la famosa joya hubo de ser vendida una noche de carnaval, a un Gran Duque ruso. Poco tiempo la tuvo éste en sus manos, los minutos justos para examinarla y entregársela a su amor, la cortesana joven y pizpireta, la misma que muchos años después, se sentó en la silla de subastas del «Hotel de Ventas», para renunciar al último vestigio de su pasada grandeza...

Aquella perla está ahora en manos del marsellés, y Juan Martín, conocedor de este detalle, invita al italiano y al inglés, a acompañar a Southampton para subir a bordo del «Normandie» y tener allí una sorpresa muy grande, muy grande...

En honrado comerciante después de su descalabro amoroso con la linda Susana, se había prometido a sí mismo no volver a contemplar un rostro de mujer... pero, ¡ay! que la carne es flaca, y la de aquel solterón sentimental lo es en grado superlativo... Además, aquella mujercita que acababa de ver en el puente del «Normandie» (la misma que viera por el ojo de la cerradura, si la vista no le engaña), es tan irresistiblemente seductora... Además, le había mirado de un modo, de un modo que había hecho saltar su corazón como si se tratase de la víscera de un adolescente...

Media hora más tarde la encantadora mujercita y el comerciante marsellés, habían iniciado un «flirt» por todo lo alto. Un juego de miradas, de sonrisas, de palabras más o menos intencionadas... Los dos eran franceses ¡qué casualidad! y, por lo tanto, por lo tanto...

—¿Si yo le hiciese el amor? — había insinuado el marsellés, poniendo mirada tierna.

—Si usted me hiciese el amor... — habían repetido los labios adorables.

—¿Cómo se lo tomaría usted?

—Pues me lo tomaría... estoicamente.

—Y... ¿se puede saber a dónde va?

—A Nueva York — responde la interrogada mintiendo descaradamente.

—Yo también.

—¡Ah!

—Si... si le pidiera un beso, ¿cómo se lo tomaría usted?
—Estoicamente — responde la boquita adorable.

Aquel adjetivo escama un tanto al marsellés, que continúa, sin embargo, sus avances.

Cuando el vapor llegó a Southampton, Susanita, la bella parisense, había sido ya ingratamente olvidada. El corazón inflamable del marsellés permanecía ya enterito a aquella misteriosa viajera, a la cual pensaba dedicar sus ternuras de solterón sentimental si alguien no acudía a impedirlo. Ella le había dicho, así, de un modo más o menos velado que era casada, pero en realidad, aquello no resultaba un obtáculo insuperable...

El magnífico vapor ha anclado en el muelle inglés. Juan Martín, acompañado de sus dos amigos, ha subido a bordo inmediatamente. Encuentran a su mujercita, tan linda, tan encantadora, tan ingenua, tan adorable... Abrazos, besos, presentaciones, sonrisas, preguntas... ¡Ah! ¡Paciencia! ¡Paciencia! Pronto conocerán al afortunado poseedor de la joya...

Ana, siempre sincera con su maridito le cuenta que ha tenido que «oquetear», que ha tenido incluso que dejarse coger la mano, y decir unas cuantas tonterías, a fin de... pues de cumplir con lo que él le había ordenado, de no dejar escapar su presa... Juan Martín tuerce el gesto. No es que él sea celoso ¡qué va! pero... pero su mujer es tan irresistiblemente atrayente... tan...

Ha llegado la hora de la cena. Unas horas después partirá el vapor, pero antes el matrimonio Martín podrá darse el gusto de cenar con aquel par de nuevos amigos tan atrayentes...

El comerciante marsellés se ha sentado en una mesa casi vecina a la de la encantadora y solitaria viajera... Se ha prometido a sí mismo hacerle aquella misma noche una declaración en toda regla, una declaración a lo Robert Taylor, sin omitir ningún detalle...

—¡Tableau! — pronuncian sus labios, al ver aparecer a la dama de sus pensamientos acompañada de... ¡tres hombres! Por cierto que uno de ellos, el de los lentes, con aire inconfundible de francés, le mira con malos ojos...

Es cierto, Juan Martín lanza miradas aviesas a aquel

atrevido que ha tenido la desfachatez de hacerle el amor a su esposa... Se había burlado siempre de Otelo y he ahí que casi, casi se siente incluso a imitarlo. Mira desconfiado a su mujer, ve que ésta mira a su vez furtivamente al marsellés... ¡Oh!, no, no. Juan Martín, no seas celoso esto no es digno de ti, no es digno de tu fama, sobre todo, no es digno de tu mujercita, tan buena, tan fiel...

La señora Martín ha cogido la servilleta, y de pronto, lanza un grito de exclamación. Debajo de ella, sobre el plato, acaba de descubrir un objeto... ¡LA PERLA! El enamorado marsellés la había comprado para una mujer, y había pensado, sin duda, que en la garganta de la linda viajera luciría espléndidamente.

La mirada que Juan Martín lanza a la mesa vecina, equivale a un poema, pero el sujeto a quien va dedicada, ha tomado ya las de Villadiego, levantándose discretamente y desapareciendo del comedor antes de que el vodevil empiece a derivar en tragedia...

El honrado comerciante marsellés, acaba de hacerse nuevamente el propósito de no volver a mirar a una mujer en los días que le restan de vida. Sin duda para reforzar aquella afirmación y para huir de las encantadoras sirenas que pueblan el «Normandie», decide renunciar a su viaje y bajar en el puerto de Southampton, para volver a Francia... La camarera encargada de su camarote, se sorprende al recibir de éste la orden de recoger todas sus cosas, y le pregunta el motivo de su brusco cambio de itinerario. El marsellés se encoge de hombros y contesta filosóficamente:

—No me gustan los llos... ¿Entiende?

En la sonrisa maliciosa con que la criada acoge sus palabras, deduce que sí lo ha entendido...

Ahora los tres hombres han podido contemplar la perla a su gusto, constatar que es legítima, legitimísima, que vale una fortuna, que es una maravilla, y que debe volverse desde luego, a su legítimo dueño, el generoso marsellés, del corazón de adolescente. Juan Martín se dispone a ir a su encuentro y no solamente para devolverle la perla, sino para decirle unas cuantas verdades, y ponerle un ojo morado a fin de que en adelante no pueda fijarse tanto en las mujeres bonitas...

Acodados en la baranda del buque, contemplan una vez más, ¡la última!, la famosa joya. ¡Es realmente una maravilla! Lástima que tenga que ir a parar a las bajas manos de aquel hombre vulgar... de aquel Barba Azul... piensa el marido celoso.

Y de pronto, ¡horror de los horrores! las manos de Juan Martín tienen un gesto torpe, la perla se desprende de ellas, y ¡zás! va a caer derechamente al fondo del mar, de donde saliera un día para iniciar su larga peregrinación por la tierra. Un cuadruple ¡oh! de estupor se escapa de labios de los tres hombres y la mujer testigo de la catástrofe... Ha terminado de una manera brusca y radical la historia de la perla... Una ostra acogedora recoge en un seno la joya que no volverá a lucir jamás sobre la blanca o morena carne de ninguna mujer... Ha terminado su vida terrestre... ¿Para siempre? ¡Quién sabe! Tal vez otro Spanelli enamorado vuelva a encontrarla un día y la haga salir a la superficie para hacerla vivir de nuevo entre los hombres...

El honrado comerciante marsellés, que ha renunciado generosamente a la joya con tal de salvar su físico de las iras de un marido celoso, volverá a sus negocios, Martín a sus libros, el inglés a su Palacio, y el italiano al Vaticano. Y la maravillosa historia de siete famosas perlas, habrá llegado a su fin.

EDITADAS Y EN EXISTENCIA:

- 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costalt*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
- 17. *Baile en el Metropol*, por Henri George y Viktoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansenn.
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
- 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.
- 24. *Impetus de juventud*, por Sylvia Sidney y Herbert Marshall.
- 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
- 27. *Cremísculo Rojo*, por Rodoif Forster.
- 28. *El Trio de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
- 30. *Catalina*, por Franziska Gaal y Ahne Holt.
- 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nôva Pilbeam y Ledric Ardwick.
- 32. *Escándalo estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
- 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
- 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
- 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Heli Finkenzeller.
- 36. *El Agente Secreto*, por Robert Young y Madeleine Carroll.
- 38. *La Voz seductora*, por Marta Eggerth y Paul Hartmann.
- 40. *La vuelta al hogar*, por Zarah Leander.
- 45. *Una semana en la Luna*, por Anny Ondra y Hans Shonker.
- 46. *Concierto en la Corte*, por Marta Eggerth y Johannes Heesters.
- 47. *Agujas heroicas*, por James Cagney, Pat O'Brien y June Travis.
- 48. *Mares turbulentos*, por Jack Holt, Diana Gibson y Grace Bradley.
- 49. *Luchadores del Oeste*, por Bob Baker y J. Farrell Mac Donald.
- 50. *La Dama de Montecarlo*, por Franziska Gaal.
- 51. *La bailarina vienesa*, por Lillian Harvey y Rolf Moebius.
- 52. *El doble del Rey*, por Alberto Matternock y Gusti Huber.
- 53. *Brazos de acero*, por Victor Mc. Laglen y Binnie Barnes.
- 54. *Volga-Volga*, por Hans Adalbert y Wera Engels.
- 55. *Valle prohibido*, por Noah Beery Jr. y Frances Robinson.
- 56. *Capricho* por Lillian Harvey y Paul Staa.
- 57. *Búsquenme una novia*, por Herbert Marshall y Jean Arthur.
- 58. *Cuatro amigos*, por Victor Mc. Laglen.
- 59. *Mares del Sur*, por John Wayne y Diana Gibson.
- 60. *Ojo por ojo*, por Buck Jones.
- 61. *Alarma en la ciudad*, por Boris Karloff y Jean Rogers.
- 62. *Su primera escapada*, por Jackie Cooper y Joseph Calleia.
- 63. *Contrabando*, por Hans Albers y Lotte Lang.
- 64. *Millonario a sueldo*, por George Murphy y Alice Faye.
- 65. *La Excéntrica*, por May Robson.
- 66. *El potro indomable*, por Ken Maynard y Ruth Hall.
- 67. *Por mandato imperial*, por Hansi Knoteck y Otto Gebühr.
- 68. *El Valle del Infierno*, por Buck Jones.
- 69. *Luz a Oriente*, por Pat O'Brien y Josephine Hutchinson.
- 70. *La Sirena del Puerto*, por Dolores del Rio y Richard Dix.
- 71. *Deuda de Honor*, por Ken Maynard.
- 72. *La última Singladura*, por Sir Guy Standing y Richard Cromwell.
- 73. *Receta de Amor*, por Kent Taylor y Vendy Barrie.

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154

BARCELONA

N.^o 74